

William Mulligan, *The Origins of the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press, 2017, 259 pp.

*Si vis pacem, para bellum*¹

A unos meses del final del centenario de la Primera Guerra Mundial, es difícil realizar un balance bibliográfico sobre lo que estos cinco años de conmemoraciones han supuesto para la materia en cuestión. La página web *Good reads* destaca ochenta y seis títulos publicados desde el año 2013, pero dicha recopilación, además de ignorar trabajos en lengua extranjera –desde el punto de vista anglosajón–, tampoco es particularmente exhaustiva. Un sondeo en los fondos de la Universidad de Yale sugiere más de doscientos resultados para una búsqueda con filtros específicos en título (*First World War*), fecha (2014-2018) y formato (libro).² Decenas de miles de páginas que se sumarían a los cientos de miles que se han escrito desde la finalización del conflicto. Entre estos océanos de tinta apareció el año pasado la reedición de la obra de William Mulligan, *The Origins of the First World War*, para revisitar, siete años después de su estreno, uno de los interrogantes que más debates ha provocado en los trabajos sobre la Primera Guerra Mundial: el porqué de la misma.³

La cuestión sobre los orígenes de la “Gran Guerra” ha preocupado a los académicos de la Historia en proporción inversa al tiempo transcurrido desde su conclusión. Cuánto más se prolonga el estudio del *casus belli*, más matices se sacan a relucir y más complejo parece reducir el espectro de explicaciones necesarias para dar sentido al conflicto. No en vano esta es una contienda que se ha caracterizado por “sorprender” al público generalista (desde los institutos hasta los medios divulgativos de historia) a partir de un halo de misteriosa indefinición. Una guerra a caballo, y nunca mejor dicho, entre la tradición y la modernidad de dos mundos aparentemente irreconciliables: el de 1914, marcado por las viejas disputas de un orden imperial donde se precipitaba un cambio socioeconómico sin precedentes; y el de 1917-1918 en adelante, antesala, o más bien pórtico monumental, del célebre “corto siglo” hobsbawmiano.

Como reconoce el propio Mulligan, y como han reconocido antes que él incontables autores, la Segunda Guerra Mundial ha contribuido mucho a difuminar los contornos de su predecesora. Se pueden citar al menos dos vías por las que esta influencia se ha dejado notar: primero, durante un tiempo la “culpabilidad alemana” de 1939 pareció refrendar la vieja tesis homónima sancionada en 1919 por el tratado de

¹ Célebre aforismo latino atribuido a Vegecio: “si quieres la paz, prepara la guerra”.

² *Good-reads*, “New & Upcoming Books about the First World War”, 2018. Recuperado de: https://www.goodreads.com/list/show/39488.New_Upcoming_Books_about_the_First_World_War [consulta 14 de mayo, 2018]. Yale University Library, *Advanced Search*, 2018. Recuperado de: <http://search.library.yale.edu/catalog?useadv=true> [consulta 14 de mayo, 2018].

³ William Mulligan es Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Cambridge y forma parte actualmente del *Centre for War Studies* de la Universidad de Dublín. Especialista en historia de las relaciones internacionales entre la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX, aprovechó el primer año del centenario de la Primera Guerra Mundial para publicar *The Great War for Peace* (New Haven: Yale University Press, 2014). UCD *Centre for War Studies*, “William Mulligan”, 2010. Recuperado de: <https://www.ucd.ie/warstudies/members/williammulligan/> [consulta 14 de mayo, 2018].

Versalles; y segundo, el irrefrenable militarismo nazi de los años treinta, con su consabido resultado, pareció confirmar también la trayectoria teleológica de la Primera Guerra Mundial. Solo investigaciones posteriores, desarrolladas a colación de la “querrela de los historiadores” de los años ochenta y en fechas más recientes, una vez caído el Muro de Berlín y estudiado en perspectiva el contexto particular de la Guerra Fría –junto con la teoría de la disuasión militar–, han permitido afinar la sincronización histórica del periodo al que se dirige este libro.⁴ Según esta revisión, que supone el punto de partida del trabajo de Mulligan, la Primera Guerra Mundial fue el resultado posible pero no inevitable de una determinada dinámica geopolítica que fue perdiendo flexibilidad desde su puesta a punto en los años setenta del siglo XIX. No hubo, pues, rastro de migas de pan que conectara las trincheras de Crimea de 1854 con las del Frente Occidental de 1914, como tampoco fue Alemania la única responsable de haber elevado a la categoría de conflicto global un *affaire* local, o a lo sumo regional, como fue el atentado de Sarajevo.

Asentadas estas bases, *The Origins of the First World War* despegaba definitivamente y no vuelve a planear sobre la “crisis de julio” hasta sus últimas treinta páginas.⁵ Todo lo demás –todo el libro, en esencia– se consagra al estudio del periodo que va desde 1871 hasta el verano de 1914, un largo tracto cronológico esporádicamente marcado por crisis diplomáticas y conflictos localizados en áreas periféricas, pero que Mulligan caracteriza adecuadamente en clave de paz europea.⁶ Aún es más, insiste el autor, la pregunta clave para entender el porqué de la Primera Guerra Mundial pasa en cierto modo por reorientar esta misma pregunta hacia el periodo precedente y la actitud de las grandes potencias: ¿cómo evitaron el enfrentamiento directo hasta 1914? ¿Por qué no hubo una guerra europea durante más de cuarenta años?

La explicación ofrecida por William Mulligan es exhaustiva y continuada en el tiempo, sin caer en la simplificación de tomar el periodo más arriba aludido como un mismo bloque temporal. Dicha explicación sobre la “paz europea” comenzaría con la consolidación del sistema bismarckiano en los años setenta. Esta hoja de ruta diplomática, habitualmente conocida como *realpolitik*, habría buscado el mantenimiento de un *statu quo* continental y global donde cada potencia, y especialmente Alemania, tendría garantizados medios y herramientas para llevar a cabo su expansión económica y colonial. Parafraseando la célebre cita de Lord Salisbury, allí donde existiera riesgo de confrontación directa entre “naciones vivas”, las demás intervenirían bien como actores de arbitrio, en un primer momento, bien como fuerzas de disuasión, una vez fracasada la primera intermediación.

⁴ Sobre el reflejo que proyecta la realidad de la Guerra Fría en el contexto previo a 1914 véase Francisco Veiga y Pablo Martín, *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, Madrid, Catarata, 2014, pp. 20-21.

⁵ Este hecho es significativo, pues algunos de los libros más recientes y más influyentes sobre las causas de la Gran Guerra proceden de manera opuesta: introducen de forma sucinta los “largos prolegómenos” del enfrentamiento y dedican acto seguido cientos y cientos de páginas a analizar la gestión de la crisis de 1914: Christopher Clark, *Sleepwalkers. How Europe went to war in 1914* (London: Allen Lane, 2012) y Thomas Otte, *July Crisis: The World's Descent into War, Summer 1914* (Cambridge: Cambridge University Press, 2014).

⁶ Europea, que no mundial, pues “the corollary of peace and stability in Europe was upheaval around the globe” (p. 42).

Cabe destacar en este punto que para el autor de *The Origins of the First World War* la dinámica progresiva de polarización entre bloques que conoció el periodo –en otras palabras, el “sistema de alianzas” establecido por el propio Bismarck y su posterior evolución– no fue necesariamente un elemento desestabilizador en materia de política internacional, sino en todo caso una plataforma formal para la gestión colectiva de crisis de todo tipo. William Mulligan lo razona así: puesto que las coaliciones establecidas antepusieron la movilidad a la rigidez, puesto que además fueron cambiantes (países amigables se volvían hostiles entre sí y viceversa), y puesto que el hecho de pertenecer a un bloque no evitaba que una determinada potencia estableciera conversaciones bilaterales con otra “antagónica”, los puntos de fricción terminaban encontrando una válvula de escape a tiempo. El hecho de que se pusiera en práctica también un principio tácito de reparación para resarcir a la potencia o potencias más perjudicadas ante cada viraje político, o el hecho de que las propias potencias aliadas tendieran a contenerse entre sí para evitar efectos de “bola de nieve”, ayudaron también a ampliar el repertorio de soluciones *ad hoc* disponibles en cada momento.

Sin embargo, como señala el autor, este sistema aparentemente tan habilidoso a la hora de extinguir estallidos belicosos, para desembocar en una guerra general “it only needed to go wrong once” (p. 134). De hecho, durante sus más de cuarenta años de existencia la paz europea estuvo a punto de hacerse añicos en varias ocasiones, una dinámica que se tradujo en un intermitente clima prebélico.⁷ Por tanto, y aunque la guerra nunca se materializó como tal hasta 1914, la paz siempre se sintió como precaria, y si bien ningún estado buscó destruirla activamente los mecanismos que permitían preservarla fueron perdiendo solvencia tras cada simulacro de desastre.

La política de alianzas, por ejemplo, dejó atrás su flexibilidad original, al convertirse la preservación de los distintos bloques en un fin en sí mismo, antes que en un medio para pilotar la política internacional. Los Estados Mayores, insomnes planificadores de ofensivas e invasiones, comenzaron a advertir a sus homólogos civiles sobre la necesidad de dar el primer golpe en caso de eventual conflicto. Esta teoría militar, a la que Mulligan se refiere como “ventana de oportunidad”, explica en gran medida la carrera armamentística en la que se fueron embarcando todas las grandes potencias europeas; y aunque la multiplicación del potencial destructivo tampoco condujo directamente a la masacre generalizada (algo que tampoco se dio, por ejemplo, en la Guerra Fría) la disuasión alcanzó el código rojo de la “paz armada”. Si se desataba una conflagración en la que pudieran verse implicadas al menos dos naciones de relevancia internacional, era muy probable que la política de alianzas arrastrase al resto y que el rearme generalizado multiplicase exponencialmente la capacidad destructiva del consiguiente enfrentamiento.

Por otra parte llegó un momento en el que la resolución pacífica de un episodio dado contribuyó a elevar la temperatura general de posteriores desencuentros, realidad que se hizo patente sobre todo en el caso de los Imperios austro-húngaro y ruso, en

⁷ William Mulligan señala tres ocasiones concretamente: el trienio de 1885-1887; el periodo de 1904 y 1907, tras el colapso zarista en la guerra ruso-japonesa, y el periodo que va desde 1911 hasta 1913, en el que las “crisis imperiales” se van aproximando más y más al corazón europeo (crisis de Marruecos) y la desestabilización del Imperio turco convierte el área balcánica en un peligroso polvorín (pp. 32-33, 51-52 y 76-94).

plena desintegración, o en los confines de imperios en auge que se sentían bloqueados, como Alemania. De esta forma cuando se produjo el atentado de Sarajevo las capitales de Viena, Berlín y San Petersburgo, incrementaron el umbral de riesgo que estaban dispuestas a asumir, lo que a su vez aumentó el nivel de disuasión que las otras potencias (Francia y principalmente Gran Bretaña) tenían que contraponer para preservar la paz. Para Mulligan fue este desequilibrio, en cierto modo coyuntural, el que hizo estallar el globo de las tensiones continentales. Bastó un exceso de presión para llegar a la guerra, lo mismo que hubiera bastado con un plus de contención para evitar ese mismo resultado. Pensemos además que justo a comienzos de 1914 el escenario mundial se enfriaba después de más de diez años de choques diplomáticos y militares.

Este es un posicionamiento relevante por parte del autor, puesto que ubica a *The Origins of the First World War* dentro de la línea historiográfica predominante en los últimos años –es decir, en los años del centenario–. Según esta línea, aunque la Europa de las grandes potencias apostó durante la segunda mitad del siglo XIX y primera década del XX por una política colonial e imperialista beligerante, el estallido de la Primera Guerra Mundial fue el producto de una contingencia particular (la del verano de 1914), que en contraposición a pasados escenarios de falsa alarma, escaló, esta vez sí, hacia la guerra total. La contundencia del enfrentamiento que vino después se alimentó de más de cuarenta años de desarrollo industrial y planificación armamentística, pero lo cierto es que, según este razonamiento, Europa bien podía haber vivido su gran conflicto mundial treinta años antes, tres años después –en 1917, cuando Rusia preveía terminar su programa integral de rearme–, o incluso nunca, quedando la “crisis de julio” como un mero borrón más en un largo listado de amenazas evitadas.

Lo que se ha resumido hasta aquí es el núcleo principal del trabajo de William Mulligan, esto es, el análisis de las relaciones internacionales y la política militar y diplomática de las grandes potencias europeas entre 1871 y 1914. Fuera quedan una serie de problemáticas que se abordan entre las páginas 136 y 209: las cuestiones de la opinión pública y la economía internacional.

Para el autor, estas dos facetas del mundo contemporáneo no resultan esenciales a la hora de explicar la contienda que sobreviene en el año 1914. La primera porque, a pesar de protagonizar un crecimiento sin precedentes –el incipiente desarrollo de la sociedad de masas–, no termina de penetrar la burbuja de la política tradicional, elitista y aristocrática, y además ni tan siquiera es mayoritariamente partidaria de la guerra. La segunda, de modo similar, tampoco se guía por una preferencia belicista –el mundo de los negocios prefiere la paz–, y en los raros casos en los que pudiera coquetear con dicho objetivo, no posee todavía fuerza suficiente como para imponerse en la agenda de los despachos donde se toman las grandes decisiones mundiales.

Los argumentos ofrecidos por Mulligan con respecto a estas dos problemáticas son convincentes y los testimonios y fuentes que cita para respaldar dichas razones son igualmente elocuentes. Dicho esto, en esta sección del libro flaquea más lo que no se dice que lo que queda dicho. En efecto, en base a los datos expuestos parece apropiado pensar que los estados europeos no se guiaban en vísperas de 1914 por las mismas prioridades que sus homólogos en la época de entreguerras o en la posguerra de 1945, donde el papel de la sociedad civil, o el mercado en su papel director global, podían ser

más determinantes. Asimismo, es cierto que la investigación histórica ha alcanzado un considerable consenso con respecto a la idea de que la opinión pública en 1914 no anhelaba la guerra.⁸ Sin embargo, falta en este análisis la otra cara de la moneda. Preguntarse no tanto si las grandes potencias se veían influenciadas por una en muchos casos inexistente cultura democrática, sino el punto al que estaban dispuestas a llegar para prevenir que aquella trastocase sus prerrogativas. Me estoy refiriendo a la incógnita de la gobernabilidad (los problemas domésticos, en esencia, de Imperios en crisis como Rusia o Austria-Hungría), la amenaza del movimiento obrero para las elites dominantes (especialmente en Alemania o Francia) y, por último, la influencia de las redes globales de un capitalismo mundializado que podía no desear la guerra, pero que tampoco deseaba que siguiera adelante el proceso de democratización que las circunstancias habían animado en los años de paz.

El hecho de que todas estas perspectivas no sean abordadas en *The Origins of the First World War*, o sean tratadas muy superficialmente, genera una cierta distorsión en la tesis principal del libro. Por todo ello, no es casualidad que esta publicación valore la crisis de julio como un hecho contingente en sí mismo que dio lugar a una guerra casi accidental. Este es el colofón que cabe alcanzar cuando uno minimiza el efecto que fue acumulando en la política europea el temor a la izquierda, la mujer, la revolución o la subversión de los colectivos étnicos o coloniales. También es una conclusión que pasa de puntillas por la incómoda cuestión de la “utilidad social” de la guerra como disciplinadora de masas y como laboratorio especulativo de determinados sectores del capitalismo industrial y financiero.⁹

Así pues, tal vez la guerra del catorce fue en efecto un accidente trágico, pero en cualquier caso se trató de un accidente producido en el curso de una política nada inocente, donde la conflagración mundial representó el fruto esperable de un sistema que siempre dependió de las armas a la hora de preservar la dominación de los pueblos propios y ajenos. Esta apreciación, empero, en nada desmerece el trabajo realizado por William Mulligan. Antes bien, su libro es un excelente aporte que demuestra cómo a la altura de la finalización del centenario de la Primera Guerra Mundial no podemos seguir explicando las causas del conflicto sin tener en cuenta el modo en el que la Europa de 1871-1914 organizó el equilibrio del mundo: *si vis pacem, para bellum*.

Pablo Aguirre Herráinz
Universidad de Zaragoza
cerbuteca@gmail.com

⁸ La mayoría de los europeos recibieron la guerra con resignación o fatalismo, como ya indicaron en su momento para el caso francés Pierre Renouvin, *La primera Guerra Mundial* (Barcelona: Orbis, 1985), p. 8; su discípulo Marc Ferro, *La Gran Guerra (1914-1918)* (Madrid: Alianza, 1988), p. 32, y antes que ellos, Jen-Jacques Becker, *1914: Comment les français sont entrés dans la guerre* (Paris: Presses de Sciences Po, 1977).

⁹ Precisamente estas son las cuestiones que suelen llevar a otros trabajos que se dedican también a analizar las causas de la contienda a relativizar la autonomía de la “crisis de julio” como causa casi accidental de la guerra. Este es el planteamiento historiográfico que considera el atentado de Sarajevo como mero disparador (o *trigger*), de un enfrentamiento tal vez no inevitable pero sí previsible, planteamiento que el propio Mulligan enuncia (p. 228) y por cuya explicación estructural se decantan libros como el de F. Veiga y P. Martín, *Las guerras de la Gran Guerra*, pp. 38-39, o en Jacques R. Pauwels, *1914-1918. La Grande Guerre des classes* (Paris: Éditions Delga, 2016).

Fecha de recepción: 15 de mayo de 2018.

Fecha de aceptación: 4 de junio de 2018.

Publicación: 30 de junio de 2018.